

La Formación: una dinámica permanente en las Familias Carismáticas

■ ANA ISABEL HERNÁNDEZ NAVARRO

Laica de Nuestra Señora de la Caridad del Buen Pastor

I. CUANDO LAS RESPUESTAS SON APREMIANTES

Hace algunos años en un pueblo costero y tranquilo, ocurrió un accidente de tránsito, un bus se precipitó en el estero, cargado de pasajeros. Muy pronto se dio la alarma, pero mientras la ayuda llegaba, un muchacho de 15 años, emergía del agua rescatando a un niño, a una niña o alguna otra persona. Así lo hizo por varios minutos, hasta que ya no emergió más. Su recuerdo permanece vivo en esa comunidad y es un estandarte de heroísmo: dar la vida, eso fue lo que hizo. ¿Qué mueve a las personas a responder espontáneamente, en situaciones donde no hay espacio para muchos razonamientos?

Aunque este caso es bastante extremo, pensando en él, lo que resulta es que las actitudes inter-

nalizadas y aprendidas, responden en los momentos cruciales. En un momento dado permiten hacer opciones, trazar metas, dar sentido a las acciones, y actuar pensando en el bien común. Casi de modo connatural, se responde ante situaciones a veces urgentes, echando mano de los recursos de los que se ha hecho acopio anticipadamente.

Cualitativamente puede pensarse en aquellos y aquellas cuyos recursos están mediatizados por su identificación con Cristo y su mensaje. Identificarse con un carisma, instaura una identidad que trasciende aún más esa capacidad humana de respuesta, porque incorpora otra dimensión de recursos y valores. El proyecto de vida, desde aquí considerado, imprime un sello particular a las actitudes, ya no se

trata de mero altruismo sino de configurarse con Aquel que llama y envía.

Eso es lo que han hecho también los santos, los oficialmente declarados y los anónimos, los que alientan la vida con su presencia, los que responden con sencillez, desde la única forma aprendida del Maestro. Esto lleva a replantearse ¿de qué se hace acopio en el proceso de formación? ¿Qué recursos se tienen para responder a los llamados urgentes de la realidad? Estos cuestionamientos ubican la naturaleza de la formación como ese proceso que forma actitudes, que da recursos y herramientas para enfrentar la vida desde esos valores asumidos. Con un dinamismo de actualización, de renovación constante, de transformación que concreta el desafío nunca acabado de crecer.

Una formación que se hace identidad propia, forma particular de ser, pensar y actuar, de tomar iniciativas, de ejercer liderazgo, de trabajar desde una lógica que “no es de este mundo” propicia además la mutua apertura ante la diversidad de llamados. Prepara el terreno para el desafío de construir una sinergia complementaria desde las diversas consagraciones: bautismal y religiosa, que requiere de una sintonía de vida y de misión. De tal modo que esta identidad requiere dentro de sus recursos, el coaprendizaje, la actitud colaborativa, la valoración de los otros.

II. ¿DE QUÉ FORMACIÓN SE TRATA?

Se podría pensar que formar es crear condiciones para que “otros se piensen y sean ellos también sujetos capaces de formarse y protagonizar sus propias vidas. Desde la pedagogía activa, la pedagogía crítica y la pedagogía de la autonomía, se ha constituido otra manera de hacer formación en América Latina” (Freire, 2004). Pensar un modelo de formación en este contexto es vincularse con ese patrimonio de experiencias que ya Paulo Freire señalaba afirmando “formar es transformar, iluminar la conciencia, dar a la palabra su verdadera fuerza”, es actuar, reflexionar y volver a actuar, en un proceso que se actualiza permanentemente.

Un reflexionar que lleva a constituir esquemas mentales consistentes desde los cuales se actúa, porque son los referentes que orientan las emociones y los comportamientos.

Entendida así la formación “no se trata solo de un compendio de contenidos programados, o de etapas superpuestas artificialmente, sino fundamentalmente se trata de generar la posibilidad de compartir experiencias con propósito, que construyen un estilo de vida y fomentan una visión, una identidad congregacional, una red de relaciones”. Sería muy limitado creer que la formación es solamente un proceso racional, porque un aprendizaje que deja por fuera las emociones y las conductas, olvida

las dimensiones esenciales desde donde se constituyen las personas y desde donde sostienen sus opciones personales.

Una formación de este tipo se realiza en la interacción, “el otro es mi espejo, mi fuente de aprendizaje y el grupo potencia las capacidades de cada uno y del todo”. Se trata de un ambiente donde toda la experiencia, incluyendo las crisis o los conflictos, los altibajos grupales y todo tipo de eventualidades, son parte de ese proceso formativo y son incorporadas como tales. Una formación que no deja de lado el proceso individual desde la experiencia previa y actual de sus actores, para construir vías creativas de integración. Realidad que se vive, se ora, se reflexiona y se reelabora constantemente y se traduce en algunos indicadores que pueden dar cuenta del crecimiento personal y colectivo.

Este tipo de acompañamiento, va en línea de compartir la vida, de reconocer los recursos y adquisiciones previas de cada persona, de incorporar elementos de la realidad personal, de identificar la diversidad de estilos, en valoración de la diversidad y la inclusión.

*Formar es transformar,
iluminar la conciencia, dar
a la palabra su verdadera
fuerza.*

Es importante prestar atención a los referentes culturales previos, porque ellos han constituido ya un esquema mental de referencia e identidad de la persona, y aunque pueden ser modificados, ampliados y mejorados, algunas veces parecen desconocerse u obviarse. Cuando no se integran, puede llevar a despojar a la persona de lo más propio que tenía y a construir una especie de identidad superpuesta, a veces con rasgos de artificio o con poca consistencia interna. A la larga esto puede ser el germen de un importante conflicto vital posterior.

III. INDICADORES DE PROCESOS VITALES

Visualizar el proceso es esencial para quien lo vive y para quien lo acompaña, por eso debe tener algunos indicadores deseables. Estos indicadores de orden subjetivo, son visibilizados en la convivencia, comprenden un nuevo modo de ser y vivir en hermandad, en relaciones inclusivas, de apertura y libertad, donde la solidaridad y la ternura son las expresiones más delicadas y sinceras del amor. Donde se incorpora la capacidad de cuidar unos de otros, de ayudarse, de comunicarse, de alentarse mutuamente, fortalecidos con una espiritualidad profunda y encarnada.

Estos indicadores de crecimiento van consolidándose de modo que para la persona se hace visible su propio camino, y puede ubicarse

dentro de una progresiva tarea de transformación consciente y deliberada. La sensación de crecimiento casi siempre es reforzadora y va acompañada de una percepción satisfactoria de la vida y de las elecciones.

El sentirse siempre de camino lleva a una autopercepción más profunda e iluminada por la fe, y desde esa percepción se analiza la realidad y se disciernen mejor los llamados urgentes a la propia conversión y a la consecuente transformación efectiva de estructuras que construyen injusticia y desigualdad.

Cuando aún los propios errores y dificultades entran en esa dinámica transformadora, la visión de sí misma que desarrolla la persona es más equilibrada, humilde, realista y feliz.

En este proceso así entendido, quien es convocado a un carisma especial como sello de su vocación bautismal, vive una transformación interior cuya acción sanadora le abre dimensiones nuevas de libertad, heroísmo y amor. El resultado es la vida gozosa que vivencia el amor en multiplicidad de dimensiones y le conduce a una especie de calibramiento del carácter para asumir la dimensión de la cruz con vigorosa esperanza, con fortaleza de ánimo y con un liderazgo gozoso que trasciende los temores, que confronta la comodidad y que anuncia la primacía de la vida y de las personas.

IV. EL CONTEXTO PUEDE SER UN VALIOSO ELEMENTO FORMATIVO

Mirar el entorno desde la perspectiva evangélica, es un requisito para identificar los llamados de Dios. Esta mirada requiere de una capacidad crítica fundamentada, en sintonía con el Espíritu y de cara a la realidad para saber cuáles son las respuestas que se requieren. Tiene varias ventajas:

- permite un diálogo permanente con el contexto,
- orienta hacia algunos de los criterios para priorizar las acciones,
- ayuda a valorar las capacidades reales de respuesta,
- libera del riesgo de sentirse sobrepasado por los clamores que llegan de todas direcciones,
- previene el emprender acciones sin discernimiento,
- favorece la salud mental y física en los diversos ministerios,
- y sobre todo mantiene la fidelidad activa al don carismático recibido y actualizado como don eclesial.

El papa Francisco dice que “la humanidad vive una crisis actual que no es solo económica y financiera, es ecológica, educativa, moral, humana”. También señala que esta crisis es la oportunidad para la solidaridad, expresada en gestos cotidianos que evidencien sobre todo la supremacía de la dignidad y el valor de la vida humana.

La solidaridad tiene el potencial de dar prioridad al amor, al encuentro, a la compasión, al gesto que visibiliza el rostro de Dios en la diversidad de rostros frente a los cuales muy pocos se detienen. De este modo se viven las actitudes que parecen estar ajenas a la vivencia de las mayorías, haciendo la diferencia desde los detalles que restituyen un lugar de reconocimiento para los más vulnerados y desatendidos.

El crecimiento en el seguimiento de Cristo bajo cualquiera de los carismas donados a la Iglesia, se hace visible en la misión, cuando movidos por su misericordia acoge a todos los que anhelan un gesto de esperanza y reconocimiento. Desde la responsabilidad de las propias acciones, bautizados y consagrados desarrollan los propios talentos, y construyen la dimensión profética, que surge cuando se reconocen hermanados en el carisma y la misión compartidas. Este es el anuncio por excelencia de la Familia carismática.

V. UN PROCESO ORIENTADO QUE APROVECHA EXPERIENCIAS INTENCIONALMENTE ORGANIZADAS COMO ESPACIOS FORMATIVOS

Las personas consagradas a Cristo y a su proyecto en todas las fases y estilos de vida necesitan de un proceso orientado. Cuando esto no ocurre puede tomar su lugar el tedio de la rutina, la polarización de algún aspecto en detrimento de otros, o simplemente el dejarse estar sin mayor suceso. Se podrían

considerar algunas experiencias que forman parte de la vida cotidiana, para potenciar su valor formativo, su impulso a la plenitud de la vida y al gozo de la fe.

Quizás requieran de intencionalidad para que se constituyan consciente y organizativamente en espacios de formación, según la pedagogía de Jesús:

- Experiencias de comunión-encuentro.
- Apertura para otros encuentros.
- Fortalecimiento de la identidad profética.
- Respuesta a la realidad concreta.

1. Experiencias de comunión-encuentro

Vivimos una nueva Eclesiología, más evangélica, dialogante, inclusiva y misericordiosa; sin embargo el laicado aún lleva consigo secuelas del clericalismo que en no pocas circunstancias, le ha llevado a un lugar de miembro pasivo de la Iglesia. Una nueva experiencia de comunión-encuentro se convierte en un espacio de humanización que desarrolla las habilidades de convivencia y profundiza las virtudes cristianas. Esto no solo en función de la misión compartida, sino también en la forma en que se convive a nivel de pareja, de familia y de comunidad, porque permea toda la experiencia de vida.

Es el mejor recurso para dar sentido de pertenencia y fortalecer la confianza y el compromiso,

hasta configurar el “nosotros” que impacta de una forma nueva la realidad, desde una conciencia inclusiva de consagrados todos. Esta apertura del amor se hace lugar de fraternidad, vinculados en torno a Jesús. Son espacios privilegiados de crecimiento, de corrección fraterna, de valoración de las diferencias, de libertad y de identificación recíproca con el carisma. Nada acerca tanto a las personas como la experiencia de construir juntos/as. Para lograr esto es importante celebrar, vivenciar la liturgia y la oración como espacios que privilegian la comunión. Incorporar a la vida el gozo de celebrar, de guardar memoria de los hechos que alimentan la fe y actualizar los referentes históricos compartidos y actualizados para que sigan siendo vigentes hoy.

Y lo maravilloso de esta experiencia es que por su conexión con la vida, deriva en presencia profética frente a un mundo donde la desigualdad, la discriminación, y la injusticia favorecen la indiferencia, el relativismo, la fragmentación, la excesiva valoración de lo individual y del consumismo.

2. Apertura para otros encuentros

La Vida Consagrada ha custodiado fielmente diversos carismas (E.T.11) y ahora los presenta como un tesoro para ser compartido y

renovado. Esta apertura añade nuevas posibilidades: una fraternidad extensiva a los laicos/as, un lugar que no acapara los dones del Espíritu sino que los reconoce en todos los bautizados, una receptividad y escucha que los hermana en la búsqueda de respuestas a nuevos desafíos. Es una Vida Consagrada que ha dado un valiente paso de salida en un exilio voluntario de un estilo de vida que ya no le es coherente, para trasladarse al encuentro de realidades insospechadas que requieren de su presencia.

Bautizados y consagrados desarrollan los propios talentos, y construyen la dimensión profética

En esta respuesta se ha vuelto ágil, sencilla, cercana, evangélica, dialogante, receptiva y acogedora, predica con su forma de presencia y es un punto de referencia de fidelidad a los valores permanentes en una realidad cambiante. Invitación

irresistible al seguimiento de Cristo: Orar, celebrar, planificar, evaluar, reconciliar, reflexionar, discernir juntas/os constituye el espacio insustituible de una formación como dinámica de interacción para la Familia carismática. Esta forma de constituir familia enraíza en la vinculación espiritual en torno al carisma y se alimenta de nuevos estilos relacionales, donde los liderazgos se comparten, los conflictos se asumen, los roles se flexibilizan y los valores se atesoran. Aquí todos los bautizados se sienten en casa.

3. Fortalecimiento de la identidad profética

El laicado también ha sido confrontado por este llamado, porque es convocado a un nuevo liderazgo, a una nueva presencia, a profundizar su consagración bautismal y su sentido de misión, a hermanarse de un modo nuevo. Inicialmente este proceso implica un cambio de lugar, una nueva autoconciencia, es el paso que da espacio al trabajo compartido, al encuentro dialogante, a la apertura en humildad y confianza.

En esta transición no pocas veces aparecerán residualmente actitudes y conductas aprendidas cuando el rol asumido era el de asistentes, ayudantes, auxiliares de las tareas realizadas por las Congregaciones Religiosas, sin embargo el solo hecho de identificarlas implica un crecimiento importante. Permite discernir el propio llamado, no para ser “socios estratégicos” (Sánchez, 2015) o ir al rescate de las tareas por la disminución creciente de personal, sino para enriquecer a la Iglesia con nuevas expresiones de la vivencia de los carismas”. (Arnaiz, 2014).

Los liderazgos se comparten, los conflictos se asumen, los roles se flexibilizan y los valores se atesoran

Es un llamado que no ocurre porque se trabaje en una institución religiosa, es una CON-VOCACIÓN, es una invitación personal que requiere de una respuesta y al mismo tiempo provoca un movimiento interior de afinidad espiritual con la metodología, la espiritualidad y la respuesta misionera del carisma que se comparte. Esta nueva vinculación configura algo más que un mero voluntariado y trasciende por mucho el ser funcionario de una institución. La maduración de la consagración bautismal se hace signo profético cuando se vive una espiritualidad profunda y encarnada, que asume una posición definida en sintonía con el Evangelio y con la Iglesia, frente a las tragedias que viven tantas personas en nuestros pueblos.

4. Respuesta a la realidad concreta

El llamado es para la misión, que se ejerce en la familia, en el trabajo, en la convivencia, toda la realidad de la vida se convierte en acción pastoral, porque en ella se transparenta la transformación interior progresiva de quien responde a esta con-vocación.

Es con-vocación porque aunque el llamado es personal, vincula con una Familia carismática y da un sello particular a la misión desde el don con que el Espíritu dotó a cada familia de consagrados.

La vivencia de la comunión en la familia carismática, se hace estra-

tegia pastoral, porque estructura una convivencia nueva, una comunicación abierta, libre de supuestos, decididamente transparente y reconciliadora.

Parte de que el conocimiento no se transmite, se construye y eso va modelando una sintonía particular de fe entre las personas y las comunidades. Esa construcción se orienta desde una tradición renovada, y desde unos valores que identifican como estandarte a cada Familia carismática. Dentro de toda esa experiencia, la esencial experiencia de Dios en Jesús, es lo que comunica la fuerza de ser y sentirse hermanados. En los hechos concretos de la vida, al estilo de las obras de misericordia, en la vida de cada día se construye la fraternidad.

Esta formación como experiencia vital es conversión de la escucha,

de la mirada, del corazón y del lugar históricamente asumido, por eso implica una salida, un éxodo, que CLAR traduce en la invitación que es su lema: “salgamos aprisa al encuentro de la vida”. Esta salida que se dirige a crear encuentro, a compartir lo que se tiene, a educar los afectos, a apreciar nuevas escenas, a visibilizar a los que parecen ser desechables, a humanizar las geografías hacia las cuales dirige el Espíritu.

Puede que constituir Familias carismáticas sea un camino que se vea más claro después de haber sufrido una sensación de desencajarse, o puede que se visualice como una hermosa posibilidad. Lo más frecuente es un poco de ambas situaciones, lo cierto es que a todos y todas exige una sintonía profunda con Aquel que “hace nuevas todas las cosas.”

Para la reflexión

- 1. Para la formación permanente del Laicado-Vida Consagrada, ¿qué aportes encuentras en este Artículo?*
- 2. ¿En tu Congregación tienen experiencia de formación permanente entre Laicado y Vida Consagrada? ¿Cómo la evalúas?*